

HACIA UN **NUEVO ORDEN MUNDIAL**¹

Arnoldo Mora Rodríguez

Después de haberse suspendido por tres años, debido a la pandemia, se llevó a cabo una nueva Asamblea General de la ONU. Pero no fue un acto de rutina; pasará a la historia en razón de que se oyeron voces mayoritarias denunciando el (des)orden mundial imperante, debido a la ya decadente hegemonía imperial de Occidente. De manera particular, merecen destacarse aquellos países latinoamericanos, cuyos gobiernos van a la vanguardia de las luchas democráticas populares; en especial, me agradaron las intervenciones del presidente Petro de Colombia y de la presidenta Xiomara Castro de Honduras. Pero para entender este esperanzador gesto de resonancia planetaria, es necesario tener presente como trasfondo, el deplorable panorama que nos arroja la actualidad política mundial.

Hechos recientes que han sacudido la escena de la política mundial, tales como el asalto al Capitolio de Washington por hordas azuzadas por el candidato perdedor y presidente en ejercicio, Donald Trump; los efectos deletéreos en vidas humanas de la pandemia provocada por el Covid-19; las grandes catástrofes climáticas; y, de manera particularmente dramática, la aberrante guerra en Ucrania, que tiene a la humanidad en vilo ante la amenaza de una conflagración termonuclear, entre otros muchos conflictos que azotan al mundo entero, nos hace pensar que estamos ante el mayor y más trascendente cambio en la historia de la humanidad, desde que Occidente accediera a la cúspide de la historia a partir de que en el siglo VI antes de nuestra era, la Liga de Atenas derrotara al último gran imperio de Oriente liderado, en este caso, por los persas.

Con ello no quiero decir que Occidente como potencia cultural haya decaído; los valores culturales occidentales, en el más amplio sentido de la palabra, conservan todo su vigor y su vigencia; pero no así su hegemonía política, pues ya no posee el control de poder centralizado para regir los destinos de la humanidad; sus contradicciones internas, al volverse irreversibles, demuestran

fehacientemente su grado de descomposición y decadencia. Lo cual ha traído como consecuencia, la consolidación del liderazgo en la escena mundial del eje Rusia-China, cuyos sistemas políticos han surgido de las más importantes revoluciones político-sociales del siglo XX, inspiradas ambas en la ideología marxista-leninista; pero desempeñando una y otra roles diferentes: Rusia como máxima potencia militar, como lo demostró en Siria, y China como potencia financiera, como se hizo patente luego de la crisis de 2008 y se ha confirmado en el actual período de pandemia; la potencia asiática pronto dominará también en el ámbito de las tecnologías de punta, único espacio en donde, hasta el momento, Occidente domina, a pesar de que China, en las tecnologías de la comunicación, tan sensibles en sus implicaciones y aplicaciones en el ámbito de la política, da signos de haber adquirido un dominio incontenible.

Ahora bien, si partimos de la premisa de que lo que acaece en el presente sólo se entiende si indagamos sus antecedentes históricos, nos lleva a hurgar el pasado de la humanidad. En concreto, hay que remontar a las causas políticas que provocaron la expansión planetaria de Occidente, mediante el recurso a una estructura de poder centralizado que le dio el dominio imperial. El Estado como poder imperial es obra de Roma. Pero ese dominio imperial romano se centró en el ámbito geográfico del Mar Mediterráneo, si bien fue mucho más lejos, pues le permitió llegar en el Norte hasta Escocia, a las riberas del Danubio en el Este europeo y a Persia en el Este asiático. A pesar de ello, Roma, en lo substancial, no pasó de ser un imperio regional que giraba en torno al Mar Mediterráneo.

La expansión del Occidente imperial se dio a partir de las Cruzadas (1089) teniendo como ideología una visión religiosa de raíces cristianas hegemonizada por el papado romano. Es con la mentalidad de Cruzadas que nace el primer imperio absolutamente planetario y que fuera hegemonizado por la corona de Castilla. La conquista de América constituye el inicio de la expansión imperial de Europa como centro de poder mundial, que dio como resultado “la acumulación primitiva de capital” al decir de Carlos Marx. Con ello se daba inicio a la hegemonía de una nueva clase social, la burguesía, que

¹ Este artículo se publicó inicialmente en la revista costarricense *Con Nuestra América*, el 20/09/2022, con la que *Archipiélago* mantiene colaboración permanente.

asumía el poder al derrotar, gracias a las revoluciones liberal-democráticas, al feudalismo representado en las monarquías absolutistas.

Así se ponían las bases políticas para que en una nueva etapa histórica se diera el surgimiento del capitalismo moderno basado en la revolución industrial, iniciado en Inglaterra. Pero las potencias industriales requerirán del resto del mundo, considerado como su periferia colonial, para explotar la mano de obra esclava y los recursos de las materias primas; para lograr lo cual se requiere controlar un más amplio espacio geográfico que posibilite la expansión del comercio. Ese espacio lo suministrará el Océano Atlántico, lo que acarreará la conquista colonial por parte de la corona inglesa de América del Norte en el siglo XVII y, al expandir su poderío imperial, de la India en el siglo XVIII. Consolidada la revolución industrial en los países de Europa Central, éstos se repartirán en el siglo XIX, como si fuera una torta de cumpleaños, el África Subsahariana y el Cercano Oriente. Valga hacer notar que sólo el más longevo de los imperios, China, escapará al dominio imperial de Occidente.

Pero Europa entra en crisis en el siglo XX, provocando la Primera Guerra Mundial debido a las disputas en torno a la explotación de los recursos extraídos de las colonias. La gran derrotada y humillada de esa guerra fue la Alemania hegemonizada por la familia imperial de Prusia, lo cual provoca el colapso mayor de la cultura occidental: el nazifascismo, cuyo desenlace es la Segunda Guerra Mundial. Una Europa desangrada y en ruinas pierde los últimos resabios de dominio mundial; en sus dos extremos geográficos surgen las nuevas potencias que se dividirán el mundo: en el Este la Unión Soviética y en el Oeste los Estados Unidos, como último heredero del imperialismo occidental. Incapaz de mantener el ritmo de la revolución científico-tecnológica en la que se basa el poderío de Occidente, la Unión Soviética se hunde en 1990, dejando al imperio yanqui en solitario en el último decenio del siglo pasado. Pero con el nuevo milenio pronto el último imperio de Occidente, los Estados Unidos, dan muestras inequívocas de que han entrado en el círculo irreversible de su decadencia.

Lo que ahora sigue no es el surgimiento de un nuevo imperio sino el nacimiento de un nuevo sujeto, que escribirá los próximos capítulos de una historia esta vez sí de la humanidad entera, un ciudadano no occidental ni oriental, sino un ciudadano planetario, pues se enfrentará al desafío inédito de salvar la especie, amenazada de extinción total por el abuso del poder que ha logrado gracias a la moderna revolución científico-tecnológica.

Estas amenazas de extinción se hacen patentes por las siguientes causas: una política, cuya consecuencia sería la



destrucción provocada por una guerra termonuclear; la otra por el desarrollo industrial desenfrenado con fines de lucro inmediato, que causaría la destrucción masiva de todos los recursos del planeta, especialmente de las especies vivientes, el surgimiento de nuevas y más mortíferas pandemias por guerras absurdas como la que desangra al Este europeo.

Hoy la humanidad debe construir una sociedad con conciencia planetaria si quiere sobrevivir, basada en el amor a la Madre Naturaleza, en la igualdad social y cultural de todos los pueblos y que resuelva sus conflictos en base al respeto irrestricto al derecho internacional. La decadencia del último imperio de Occidente, tema con el cual hemos dado inicio a estas reflexiones, no significa el fin de la humanidad siempre y cuando seamos capaces de forjar un nuevo sujeto histórico: el ciudadano planetario, que ha tomado conciencia de los límites del poder y es capaz de reconocer en el otro a un hermano y en la Naturaleza a su madre nutricia. De lo contrario, éste será el último siglo del homo sapiens.

Ahora el primer paso es marchar hacia un mundo multipolar, cuyo poder radique en la configuración de bloques geopolíticos que dialogan a través de instituciones creadas para esos fines. Para lo cual se requiere hacer de las Naciones Unidas, no sólo un foro de discusión y de entendimiento, sino también el núcleo de lo que deberá ser en un no largo plazo un poder centralizado que asuma y resuelva los grandes desafíos de la humanidad como un todo.

De esta manera, la política adquirirá su mejor y más noble sentido: será la capacidad del homo sapiens de poder convertir el futuro, de un destino ciego a un ámbito de libertad creadora, concebida como horizonte de posibilidades infinitas. En la actual coyuntura histórica, no olvidemos que la humanidad está ante la alternativa hamletiana de ser o no ser. ☒

Arnoldo Mora Rodríguez. Filósofo costarricense, profesor e investigador del Departamento de Filosofía de la Universidad Nacional (UNA) en Heredia, Costa Rica. Es autor de importantes obras en el campo de la filosofía y de la cultura universal. Fue Ministro de Cultura, Juventud y Deportes de Costa Rica.